

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Órgano del Asilo para pobres transeuntes :: Publicación mensual.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La palabra de Dios.

Si uno de tus hermanos viniere a pobreza en la tierra, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano, sino que la abrirás al pobre y le darás lo que vieres que él ha menester. *(Deut.º, 15, 7.)*

De tus haberes haz limosna y no apartes tu rostro de ningún pobre, porque así será que tampoco se apartará de ti el rostro del Señor. Según pudieres, así usa de misericordia: si tuvieres mucho, da con abundancia; si tuvieres poco, aun lo poco procura darlo de buena gana; porque te atesora un grande premio para el día de la necesidad, por cuanto la limosna libra de todo pecado y de la muerte y no permitirá que el alma vaya a las tinieblas. La limosna servirá de gran confianza delante del Sumo Dios a todos los que la hacen. *—(Tobías, cap. 4.º, v. del 7 al 12.)*

Come tu pan con los hambrientos y menesterosos y con tus vestidos cubre a los desnudos. *—(Tobías, 4, 17.)*

Sacad al pobre y librad de la mano del pecador al necesitado. *(Salmo 81, 4.)*

Distribuyó; dió a los pobres; su justicia permanece de siglo en siglo; su poder será ensalzado en la gloria. *—(Salmo 3, 9.)*

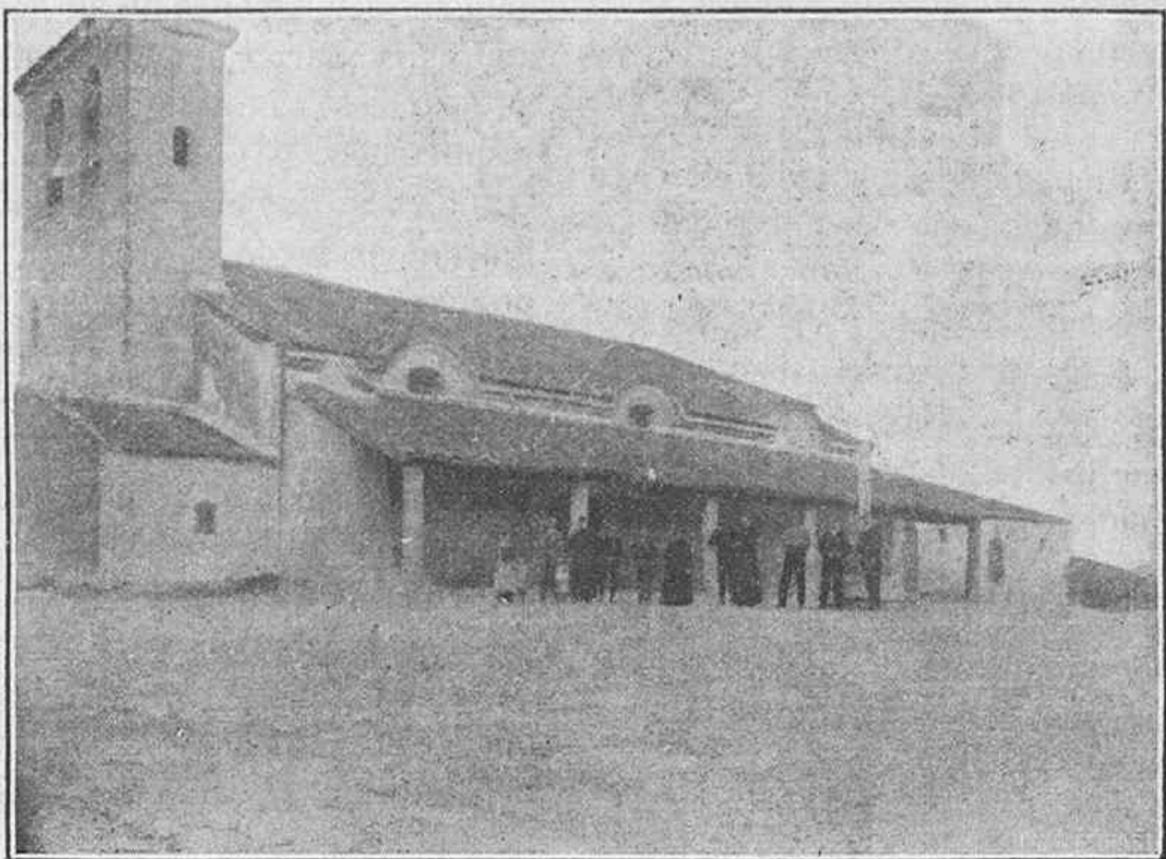
El que se apiada del pobre será bienaventurado. *—(Prov. 14, 21.)*

Y al pobre alarga tu mano para que sea cumplida tu propiciación y bendición. *—(Eclesiástico, 7, 36.)*

Parte tu pan con el hambriento y a los pobres y peregrinos méte-los en tu casa; cuando vieres al

Por lo cual, toma, ¡oh! Rey, mi consejo y redime tus pecados con limosnas, y tus maldades ejercitando la misericordia con los pobres. *—(Daniel, 4, 24.)*

Y todo el que diere a beber a uno de aquellos pequeñitos un va-



Iglesia parroquial de Valdecarros (Salamanca), donde harán los ejercicios los mendigos

desnudo, cúbrelo y no desprecies tu carne. *—(Isaías, 58, 7.)*

Quien es inclinado a la misericordia, será bendito. *—(Proverbio 22, 9.)*

El que cierra su oreja al clamor del pobre, él también clamará y no será oído. *—(Prov. 21, 13.)*

Mira, esta fué la maldad de Sodoma: la soberbia, la hartura de pan, la abundancia y la ociosidad, y no alargaban la mano al necesitado y pobre. *—(Ezequiel, 16, 49.)*

so de agua fría solamente ve dad os digo que no perderá su galardón. *—(San Mateo, 10, 42.)*

Y respondiendo, les decía: El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene, y el que tiene qué comer haga lo mismo. *—(San Lucas, 3, 11.)*

Y Abraham le dijo: Hijo: acuérdate que recibiste bienes en la vida y Lázaro males; pues ahora es él aquí consolado y tú atormentado. *—(San Lucas, 16, 25.)*

Vended lo que poseéis y dad limosna; haceos bolsas que no se envejecen, tesoro en los cielos que jamás falta; a donde el ladrón no llega ni roe la polilla. (*Lucas, 12, 33.*)

El que tuviere riquezas de este Mundo y viere a su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas, ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijitos míos: no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad. — (*1.ª de San Juan, 3, 17 y 18.*)

Mal ama aquel que oye bien y obra mal; si puedes dar, da; si no puedes, muéstrate afable: Dios premia el buen deseo. — (*San Agustín.*)

Bienaventurado áquel de cuya casa nunca sale el pobre con las manos vacías. — (*San Ambrosio.*)

Procura que te alaben las lenguas de los necesitados, más bien que los banquetes ofrecidos a los opulentos. — (*San Jerónimo.*)

Si quieres dar perfectamente, atiende al remedio de los necesitados en el orden espiritual y temporal. — (*San Gregorio.*)

Coloca tus bienes en la Patria por la mano de los pobres, y no los dejes en este lugar de destierro, de donde saldrás muy pronto. (*San Juan Crisóstomo.*)

Mi gran secreto consiste en darlo todo, sin reservar cosa alguna. — (*Beato Vianney, párroco de Ars.*)

Vamos andando.

Cuando en Marzo de este mismo año se dió la tanda de ejercicios espirituales a los mendigos transeuntes, utilicé para comedor las casas consistoriales, cedidas generosamente por el Sr. Alcalde de Valdecarros e individuos del

Ayuntamiento. Pudiera yo tener la seguridad de que, en ocasiones análogas, me dispensarían igual favor, pero el deseo de instruir y atender constantemente a los mendigos, me hicieron tomar la resolución de edificar un asilo, que destinado exclusivamente a este objeto, estuviera siempre a mi disposición. ¡Bendito sea Dios! Cinco meses después de los ejercicios que con celo insuperable dieron los Rvdos. PP. Jesuitas de la Residencia de Salamanca, me ha entregado el maestro de la obra las llaves de mi *coto redondo*. El edificio se ha llevado con creces las economías de veintidós años de ministerio y después de no pocos apuros, vamos a bendecirlo el 27 de este mes. Estoy muy contento y satisfecho. No pocas veces los Grandes de España, merced a las Parroquias donde he prestado mis pobres servicios, me invitaron a cazar en sus fincas, y les acompañé a ratos, pero tan poco diestro era yo en el manejo de las armas, que un Excelentísimo Señor que me dispensaba la honra de colocarse junto a mí en todos los ojeos, solía decirme: «Sr. Párroco, apunte mejor; hiere V. todas las perdices en la cola y las plumas hacen mal caldo». Así es la verdad, respondía yo, se ve claramente que Dios no me llama por este camino y será preciso colgar la escopeta. Ya puedo co-dearme con esos Excelentísimos Señores; ya tengo también mi coto redondo; ya puedo invitar a mis hermanos de la Unión Apostólica, a todos los Sacerdotes y Religiosos y decirles con el Divino Maestro: «Venid y os haré pescadores de hombres». En efecto, esta heredad del Padre de familias es extensa y rica: el obrero encargado del cultivo es un siervo sin provecho: rogad, pues, al Señor de la hacienda, que envíe operarios a su granja.

Tenemos un hermoso edificio donde recibirán alimento e instrucción religiosa los mendigos,

todos los martes y viernes de cada semana y si los recursos lo permiten tendrán su día íntegro de retiro mensual y ejercicios espirituales todos los años. Estaban muy abandonados estos pobrecitos: en sus parroquias se avergonzaban de su miseria ante sus convecinos; en mi asilo entran todos los del gremio como en su propia casa y no tienen nada que echarse en cara, pues si el uno no tiene zapatos, el otro presenta muy escasas señales de camisa. La necesidad no puede ser mayor, y si los Sacerdotes no les tendemos la mano ¿quién podría hacerlo? Cuentan desde hoy los mendigos con su órgano en la Prensa, que se publicará el 15 de cada mes, para daros noticia detallada de la marcha de la obra: no será esto fuera de propósito. ¿No tienen las modistas y hasta los toreros sus órganos en la Prensa? Juzgad vosotros si no serán más dignos de atención los pobres. Leemos en la vida de S. Francisco Javier que este santo y apostólico varón se avergonzaba al considerar que los comerciantes, corriendo riesgos sin cuento, hubieran ido a las Indias en busca de lucro temporal, antes que él llevara la buena nueva del Evangelio. Si es lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes, como alguien dijo en latín, también a mí me da vergüenza que no hayamos hecho algo antes en favor de los mendigos. En fin, más vale tarde que nunca. Animo, pues. La empresa es gloriosa como pocas y necesito la oración, la limosna, la cooperación de todos: cada uno recogerá en proporción a lo que siembre y recibirá el galardón según su trabajo. Yo en esta obra soy simplemente *un nada convencido de su nada*; por eso lo espero todo del divino auxilio. Ayer decía al Señor junto al Sagrario: «*Tanto tiempo trabajando sin pescar un pez, pero ahora en tu nombre lanzaré la red*».



Permitid que termine mi artículo con las palabras del caudillo del pueblo escogido: «*Si alguno es de Dios, júntese a mí*», y así, unidos todos en el trabajo, bajo la enseña santa de la caridad para con los pobres de Cristo, reclinaremos a ratos nuestra cabeza fatigada sobre la bendita bandera del amor al prógimo. La vida es breve: el trabajo durará poco y cuando llegue el momento de abandonar esta casa de barro podremos decir con el corazón henchido de santa esperanza: «*Recoge, bandera santa de la caridad, mi espíritu entre tus benditos pliegues, en los cuales estampo mi último beso, y déjame por los siglos de los siglos junto al Divino Redentor, que pasó por el mundo haciendo bien y dijo en más de una ocasión: «Me compadezco de esta multitud».—San Marcos, 8-2.—Misereor super turbam*».

EL CURA DE VALDECARROS.

Paso a los Maestros.

He querido que EL MENDIGO DE VALDECARROS se publicara por primera vez en la fiesta de Santa Teresa de Jesús, ya que en esta bendita tierra que venera su corazón transverberado se alzó el primer asilo para mendigos transeuntes.

La Redacción del *periodiquín*, que será pobre y pequeñito, al fin como mendigo, está constituida, como veréis enseguida, por M. I. Sres. Capitulares, Religiosos insignes, fervorosos Sacerdotes, sabios Profesores de Universidad y letrados de renombre y fama.

Al saludar hoy a la Prensa en general, y singularmente a la católica, EL MENDIGO DE VALDECARROS hace votos porque todo redunde en la mayor gloria de Dios.

El programa queda definido en mi artículo anterior: *todo para la*

caridad y solo para la caridad. Si alguno creyera que es muy estrecho este criterio y que coarto mucho la libertad de los escrito-

res, recuerdo aquellas palabras de San Juan: «Dios es la misma caridad». «Deus charitas est». (1.^a Joannis 4-16.)

HIMNO

Coro.

*Dios bendice cual Rey soberano,
al que pone en la mano del pobre,
con cariño y sonrisa de hermano,
una leve moneda de cobre.*

Estrofa.

*Campesinos: abrid vuestra cabaña
al niño que lamenta su orfandad,
y haced que brote en el jardín de España
la flor de la bendita caridad.*

Coro.

Dios bendice, etc.

Estrofa.

*Poderosos: abrid vuestros palacios
al que llame a sus puertas con dolor,
y con diademas de oro y de topacios
vuestros cabellos ceñirá el Señor.*

Coro.

Dios bendice, etc.

Estrofa.

*Blanca paloma es el mendigo errante,
que a vuestra puerta Dios suele enviar...
¡Haced que en cada pueblo se levante
un blanco y milagroso palomar!*

Coro.

Dios bendice, etc.

Estrofa.

*Tened vuestra morada siempre abierta,
como su cáliz la fragante flor;
porque el pobre que llama a vuestra puerta
es la imagen bendita del Amor!*

MIGUEL R. SEISDEDOS.

Salamanca, 15-8-1916.

Mendiguez espiritual.

Con la fundación del Asilo de mendigos trashumantes que el celosísimo párroco de Valdecarros acaba de asentar, comenzará a remediarse y socorrerse la *mendiguez es-*

na o pareja de teólogos encargados de explicar el Catecismo a los pobres que iban a recibir la comida al Seminario. Era, sin duda, la ocupación más *onerosa* encomendada a los teólogos, no más sino por que tenían que perder, durante toda

Para EL MENDIGO DE VALDECARROS

Banco que nunca quiebra.

Los accionistas.

Ni corta ni floja suele ser la tarea que se imponen los capitalistas para ver de asegurar sus fondos en las mejores entidades bancarias y que gocen de mayor reputación financiera.

Mil dudas les asaltan ante el espectro posible de una ruinosa bancarota, mil insomnios devoran ante la indecisión, torturas y sobresaltos por si han de negociar en valores del Estado, por si han de estancar su dinero en las deudas amortizables, por si sería más conveniente emprender negocios y si acaso sería más reproductivo emplearlo en industrias, en empréstitos nacionales o en créditos de más o menos solvencia y utilidad.

Las mayores ventajas y utilidades, por lo general, están en razón inversa de las seguridades del interés y de la solvencia, de donde vienen y radican las dudas, la intranquilidad, la indecisión, el sobresalto ante cualquiera contingencia inesperada.

Hay un banco desconocido en el mundo de los negocios, pero de una reputación y crédito muy por cima de todas las entidades bancarias que se conocen, de un capital inabordable a todos los guarismos, de un interés y utilidad incalculable y superable a toda humana ambición, cuyos accionistas son legión incontable, su garantía inmovible a todos los fracasos y la inversión del dinero de una utilidad tan asombrosa, que el mundo entero ha tenido que doblegarse y rendirse ante las maravillas y prodigios de su actuación. Se llama *Banco de la Caridad*. Sus libros de ingresos y registros están en el mismo Cielo. Su director es el mismo Dios. Además del oro y plata pueden los accionistas ingresar toda clase de alhajas y joyas; que en las *catorce* taquillas de la *Misericordia* se cotizan a gran valor. Por eso sólo son accionistas los Misericordiosos. Los usufructuarios del capital son los pobres. De noche y de día está en funciones; cada limosna



Grupo de mujeres ejercitantes.

piritual de los rústicos pordioseros que van paseando sus lacerias y harapos por los pueblos y aldeas de esa hermosa comarca salamanquina.

Tal vez muchos de los que favorecen la obra tan meritísima que el señor González Huertos está realizando, no hayan reparado en este otro aspecto sobrenatural de la heroica y santa empresa, a la cual, con sus limosnas, eficazmente coadyuvan.

El párroco de Valdecarros, al acoger en su Asilo a los mendigos lugareños, les va a repartir pedazos de *pan y hojas de Catecismo*.

Yo le brindo, de buen grado, el recuerdo de nuestra inolvidable evangelización de mendigos cuando cursábamos juntos los estudios teológicos en nuestro querido Seminario de Salamanca.

No sé si aún perdurará aquel provechoso aprendizaje catequístico; pero allá en mis buenos años de seminarista, en la *Lista de oficios para la semana siguiente*, que todos los sábados se leía en el refectorio, había de salir indefectiblemente la bi-

aquella semana, el recreo del mediodía. Con todo ¡con cuánto gusto íbamos a explicar el catecismo a los pobres! Y cómo nos pagaban con creces el sacrificio que hacíamos, no ya de infundir en sus inteligencias las verdades salvadoras de nuestra religión, como el de privarnos del apetecible y grato recreo! Con la dorada moneda de la gratitud, manifestada a veces con palabras de encomio a nuestra labor catequística, repagaban, más bien que trocaban, la limosna con que remediábamos su mendiguez espiritual!

¡Bien hayan los mendigos de Valdecarros, que han de ser socorridos corporal y espiritualmente!

¡Y sean también bendecidos los *limosneros*, los abnegados catequistas que han tomado ya por suya la divina empresa de evangelizar a los pobres, remediando su *mendiguez espiritual*.

JOSÉ DE LA MANO



que damos a un pobre es un giro que hacemos al Banco, una letra que endosamos al mismo Dios. ¿El interés que nos produce? La bienaventuranza eterna. ¡Ricos! ¿Qué mayor seguridad para vuestros capitales? En Valdecarros se ha abierto una sucursal de ese Banco, en continua comunicación con el Cielo. No lo olvidéis.

ABEL PEREGRÍN.

Invitación y propaganda.

La noticia de que en Octubre próximo se había de inaugurar (D. m.) el Asilo de pobres transeúntes en Valdecarros, recíbola en una ciudad del Norte, y por una sencilla asociación de ideas, la tal noticia despierta el recuerdo de una lectura hecha a la entrada de la población veraniega y en los sitios más céntricos de ella. Se trata, lectores, de un aviso estampado en letras vistosas y visibles, que dice así: *Queda prohibida la mendicidad.*

En castellano corriente y maleante esta frase tiene un significado más amplio del que parece derivarse de las palabras: quiere-se decir al forastero que puede pasar sin temor a las impertinencias del mendigo; que no turbará la placidez de su digestión la vista de lacerías y harapos; que no encontrará en las calles el obstáculo del pordiosero pegado a la esquina y con la mano en petición y súplica. *Queda prohibida la mendicidad*, es decir: aquí, en la ciudad del veraneo, no queremos que se hable de miseria.

La población a que me refiero, tiénela todos por muy católica; cuando menos, las señales exteriores justifican la fama de religiosidad: hermosos templos, muchos fieles en ellos, asociaciones piadosas florecientes, el clero respetado, influyentes y numerosas las congregaciones...

Los católicos de la ciudad piensan como los individuos del Co-

mité: «*atracción de forasteros*», que «está muy bien prohibida la mendicidad», que «no haya pobres en las calles», que es lícito hasta cazarlos a lazo como a animales hidrófobos para que «no molesten a los turistas».

Con eufemismos o sin ellos hay que decir que quienes piensan y obran en la forma antes descrita, se desvían de los cauces de la civilización cristiana y se meten de rondón en los de la civilización moderna, que no es precisamente lo mismo. El procedimiento adoptado en muchas ciudades españolas para remediar la mendicidad, no puede ser recomendado por nosotros. El gran modelo que debemos imitar, la propaganda que en todas partes debemos hacer, es difundir y predicar la imitación de la empresa iniciada en Salamanca por el párroco de Valdecarros. Y esta propaganda menester es que, pasando las fronteras provincianas y regionales, vaya a las ciudades

estético procedimiento de *meterse* con los pobres a fin de que éstos no *molesten* a los ricos.

J. POLO BENITO.

Sr. D. Luis G. Huertos.

Me pides cuatro líneas para el primer número de EL MENDIGO DE VALDECARROS, que pronto va a ver la luz, órgano de la simpática y caritativa obra a que te dedicas. en favor de los pordioseros. ¿Qué quieres que te diga? Que adelante, que siempre adelante, con caridad en el alma, con esperanza en el cielo.

No tendrás un céntimo, te conozco bien; pero tienes amor y esperanza y fe; eso te basta: saldrás airoso, aunque sea muchas veces rumiando sinsabores y llamando a puertas que no se abren. Pero tu constancia la premiará el Señor, como El sabe hacerlo y moverá el corazón de almas buenas y pudientes, para que te ayuden en la caritativa empresa de



Grupo de hombres ejercitantes.

del Norte, donde no es conocida la obra del párroco de Valdecarros y donde con dinero y caridad —que ambas cosas abundan— se daría la batalla al estúpido y anti-

albergar y doctrinar a los mendigos.

Y cuando llames a las puertas de los ricos, pidiendo una limosna, y te pregunten: «¿Para quién

pide?, responde: «Para mis señores». «¿Quiénes son esos señores?» «Los mendigos: soy su esclavo».

Y cuando aleguen excusas, díles lo que San Vicente de Paúl a una reina de Francia: «Señora: mis pobres se mueren de hambre y de frío; ¿qué hacen ahí esas perlas y diamantes?»

Animo, pues; a preparar alber-

gue a tus señores los mendigos. Yo bien quisiera poder ayudarte; mas soy un mendigo más; pediré a mis congregantes que se priven un domingo de dulces y juguetes; y con esto te prometo una limosna.

Siempre amigo tuyo y admirador,

P. FEDERICO
(S. J.)

a mis manos. Muchas personas suelen enviar dinero por el giro postal de Alba de Tormes; otras han remitido sellos de correo.

En Salamanca, podeis entregar vuestras limosnas al muy ilustre señor don José de la Mano, San Pablo 39; al señor Párroco de la Purísima, Monterrey, 2; al señor don Angel García, Capellán de las Adoratrices, Bermejeros, 56; en la Residencia de Padres Jesuitas, Serranos, 2, o en el Colegio de niñas, Plaza Mayor, 6.

En Peñaranda, a doña Jacoba Arenillas o a don Eladio Silva.

En Alba de Tormes, Vitigudiño, etc., a los señores Párrocos arciprestes.

Las limosnas en especie, que tanto han abundado gracias a vuestra inagotable caridad, al señor Párroco de Alba; yo pagaré los portes.

Todo se aprovecha en el Asilo: ropas usadas, calzado, mesas, bancos, sillas, cubiertos, cuchillos, vasos, jarras, sartenes, ollas y potes para guisar, manteles, servilletas, paños de aseo y principalmente tocino (es la partida más fuerte de gastos), manteca, aceite, vino, garbanzos, lentejas, guisantes, alubias, arroz, embutidos, bacalao, pan o harina, fruta del tiempo, queso, sal, pimiento, chocolate, café, azúcar, sopa de varias clases, cigarros, galletas, latas de sardinas, de melocotón, rosquillas, dulce de membrillo, carnes de vaca, ternera, cordero, cabrito. De todo habéis remitido.

EL MENDIGO DE VALDECARROS publicará todas las limosnas con el nombre de los donantes o guardando el incógnito, según el deseo de cada uno.

Mandar algo para estos pobrecitos, que ruegan mucho por sus bienhechores, y Dios os lo pagará.

El Divino pordiosero.

Era en el mes de Octubre. Obscurecía. En la seda sutil del firmamento una estrella con tenue movimiento sobre la tierra su fulgor vertía...

Las hojas de los árboles mecía el intranquilo y suspirante viento y en un gris torreón, débil y lento, un clamor melancólico se oía...

Por la paz del sendero plateado que, serpeante, por mi puerta pasa, cruzó un Pobre, rendido y empolvado...

En mi vivienda entró. Cenó conmigo y, cuando, al clarear, dejó mi casa, me dijo:—¡Soy Jesús!... ¡Yo te bendigo!...

MIGUEL R. SEISDEDOS.

Salamanca, 5-X-1916.

Don Luis.

No puedo negar nada a este buen párroco rural. Unas líneas para su periodiquito EL MENDIGO.

Cuanto más arreciaba la campaña de los mal enterados contra *El Lábaro* y contra *La Semana Católica*, por HEREJIA, el buen cura rural don Luis, con alma de apóstol y palabras que salían de su corazón sacerdotal, nos daba testimonio de verdad.

Quizás, seguramente, sufrió en el orden de las temporalidades eclesiásticas el castigo de su valentía. Unos castigos que imponía no la injusticia, sino el vergonzoso miedo al *qué dirán*.

Dios puede más que todos los hombres. Dios da su luz a ese

buen cura rural y lo pone en candelero. Y desde un pueblo que no será de primera categoría, pone fuego de caridad y de cristianismo y sal de evangelio.

Hay, por fortuna, en Salamanca un Obispo que discurre por su cuenta y que dá su amor al pobre cura de Valdecarros. Y pronto llegará para don Luis la hora de la reivindicación, de la justicia y del premio. Amén.

MARTÍN D. BERRUETA.

Las limosnas.

Todos los sacerdotes de la Diócesis recibirán con gusto cualquier donativo para la obra y tendrán la caridad de hacerlo llegar



Anécdota.

Una tarde de recreo, dos niñas, Pepita e Inés, después de jugar largo rato, sentáronse en un delicioso prado a tomar su merienda.

Muy pronto vieron aparecer a una pobrecita que por amor a Dios pedía una limosna.

Pepita corrió a darle su pan, e Inés, mofándose de ella, se rió ante acción tan digna.

Murieron ambas niñas.

Pepita conducida fué a un lugar fertilísimo, y mostrándole muchos frutos la dijeron:

—Es tuyo.

—¿Cómo, si yo no tenía bienes?

—Lo sembraste cuando diste tu pan a la pobre oyó decir.

Inés, por el contrario, fué llevada a un sitio horrible y la dijeron:

—Lo ganaste con tu mal proceder. Nunca socorríste al mendigo.

Lloraba y decía:

—¡Yo tenía muchos bienes!

—Los has perdido, nada sembraste.

Así, pues, queridas niñas, practicad la caridad e imitad el ejemplo de Pepita: «sembrad y recogeréis».

JUANA GUTIÉRREZ.

Maestra.—H. de M.

Valdecarros, 7-X-16.

—Hace un cuarto de hora, respondió doña Catalina, la esposa del dignísimo profesor, que era tan cristiana como su marido y presidenta de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

—¡Que vengan a mi despacho en seguida con sus cuadernos!

En el acto se presentaron sus tres hijos José, Rufino y Luis, de diez, ocho y seis años de edad, respectivamente.

—Hijos míos, dijo el sabio, hoy sentiría como nunca que no hubiéseis sabido la lección, pues al pasar por la tienda de Teodora compré estas hermosísimas naranjas para vosotros. Veamos lo que nos dice hoy vuestro maestro.

Y tomando el cuaderno del niño mayor leyó en alta voz: «José ha dado bien sus lecciones». Su papá le dió un beso y una naranja. Abrió después el cuaderno de Rufino y leyó también en alta voz: «Rufino mal en Historia y peor en Geometría». Y sin hacer de momento comentario alguno, tomó el tercer cuaderno y leyó: «Luisito admirablemente en Religión y Moral y Gramática».

—Esta noticia me quita en parte el amargor que me produjo la anterior—y dió un beso en cada una de las mejillas a su niño menor y le regaló las dos naranjas restantes, mientras decía: «Para tí, hijo mío, el beso y la naranja que debió llevar Rufino»; y haciéndose mucha violencia por ahogar los sentimientos de su nobilísimo corazón, añadió: «Los dos niños aplicados a jugar al jardín hasta que nos llame mamá para comer; el desaplicado a estudiar a su cuarto. Podéis retiraros, que voy a trabajar un poco».

Aquellos niños estaban acostumbrados a obedecer y en el acto besaron respetuosamente la mano de su padre y salieron sin decir una palabra.

Poco después estaban todos

CARIDAD

Caridad, caridad grita el mendigo cuando llama a tus puertas con paciencia pidiendo una limosna en su indigencia desnudo, hambriento, sin calor ni abrigo.

• Amor o caridad ansían, digo, el hombre y la mujer en su conciencia, el niño y el enfermo en su dolencia y el desterrado de su fiel amigo.

El mundo sin amor es cosa vana; de amor se inflame el corazón humano, pues sin amor el cielo no se gana.

Amor y caridad hacia el hermano, sea quien quiera, de la raza humana; pobre, rico, vasallo o soberano.

HIPÓLITO PORTELA

Maestro nacional.

Valdecarros, 2-X-16

El angel de las naranjas.

Dieron las doce en el reloj de la Universidad. El maestro, como llamábamos todos a D. Nicolás, daba por terminada su notabilísima conferencia, que habían oído sus discípulos estupefactos, como siempre. Se diría que aquel profesor de Derecho, que reunía en su clase casi todos los letrados de la ciudad, en concepto de oyentes, era otro Fray Luis de León.

Punto obligado para ir a su casa era la tienda de frutas de la

famosa Teodora, que aquel día vendía ante un gentío inmenso unas naranjas de tamaño excepcional y riquísimo gusto. Era la frutera de casa. D. Nicolás le suplicó le diera tres naranjas, las más hermosas, para llevarlas a sus niños, que estarían en casa de vuelta del colegio. La buena Teodora prometió a D. Nicolás que la chica las llevaría en seguida, pero el profesor quiso llevarlas en su propia mano.

—¿Han regresado los chicos?

sentados a la mesa. Dada la bendición a los majares que por divina largueza iban a tomar, preguntó don Nicolás:

—¿Os han gustado las naranjas?

—Jamás se han criado tan ricas,—contestó José,—en todo el reino de Valencia.

—¿Es Luisito de la misma opinión?

—Hermosísimas me parecieron, papá, pero no las he comido.

—De modo que ¿las dejastes en tu habitación? Que las traiga la criada y las probaremos para ver si participamos del parecer de Pepito.

No puede ser, papá.

—¿Las quieres para tí solo? ¿No merecemos probarlas tu mamá y yo?

—Es que no tengo ya las naranjas.

—¿Pues qué has hecho de ellas?

—Sentí mucho—contestó Luisito—el disgusto que te dió Rufino y nos dió a todos; entré en su encierro, le ví llorando y estudiando a la vez, y, juzgándole arrepentido de su falta, le dije: Estudia mucho y no vuelvas a dar esos disgustos a papá; toma esa naranja, que al fin para tí se compró y no ha hecho más que detenerse unos momentos en mis manos.

—¿Y la otra?

—Bien sabes, papá, que Carlos, el hijo de la portera del número 4, después de un mes de penosa enfermedad, se halla ya en franca convalecencia, su madre, viuda pobre, que tiene otros hijos, trabaja mucho. Mamá la manda todos los días un caldo y un trozo de carne, pero yo nada le había dado; hace un rato fuí a visitarle y le ofrecí mi naranja, el niño no la quería, pero la coloqué sobre su pobre camita y me he venido...

Aquel sabio, que una hora antes exponía en su clase con soberana elocuencia, ante numerosos oyentes, la teoría de Santo Tomás acerca de la autoridad, es-

trechaba sobre su corazón, como el Divino Redentor a San Juan en la noche de la cena, al Benjamín de su casa, al Ángel de la caridad.

Al llegar los contertulios del profesor a jugar la acostumbrada partida de *dominó*, que producía dos reales cada noche para los pobres de la conferencia, nos dieron la desagradable noticia de que Luisito estaba enfermo. Entramos en la habitación del niño. Sus papás estaban sentados a los lados de aquel ángel.

—El doctor—nos dijo don Nicolás—, no dá gran importancia a ésto; pero yo no estoy tranquilo, el niño tiene mucha fiebre. En efecto, diríase que los besos de su papá en el día de las famosas naranjas, le habían colocado una en cada lado del rostro.

El Ángel de la guarda del niño no se descuidaba: había pedido a su Divina Majestad el premio eterno para aquel corazón cautivo que no cabía ya en el pecho de un niño de seis años.

Una segunda fiebre, más intensa que la primera, determinó a su papá a llamar en consulta a los médicos. La situación era ya casi desesperada y los amigos no dejábamos un momento a aquellos padres inconsolables.

Por fin, pocas horas después, sufrió el niño un desvanecimiento y creyendo que todo había terminado nos esforzábamos por sacar a los papás de la estancia mortuoria, pero el niño volvió en sí y con voz débil y apagada dijo:

«—Dadme un beso, que me voy.»

—¿Dónde, hijo mío?

—A probar las naranjas del cielo.

Hizo un supremo esfuerzo para abrazar a sus padres, pero apenas había levantado los brazos del lecho, los dejó caer... Había muerto... El Ángel de su guarda lo llevó a la Patria.

Al día siguiente a la hora señalada, no se cabía en la casa. Acompañaban a doña Catalina todos los socios de Conferencia; lo más selecto de la ciudad, ocupaban el gran salón y de intento hablaban alto para que la afligida madre no se diera cuenta del momento supremo.

Llegó el clero de la Parroquia con cruz alzada entre repiques de gloria. Rociado el cadáver, que conservaba en sus mejillas el color de las naranjas, habían comenzado los sacerdotes a rezar el salmo «Laudate, pueri, Dominum». Todos estábamos de pie, descubierta la cabeza.

En el momento preciso en que iban a sacar el cadáver de la casa, vemos al padre ejemplarísimo, que derramando abundantes lágrimas, dió el último beso a su hijo mientras decía con el corazón transido de dolor: «Adiós Luisito. ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!»

Le hicimos volver a su habitación: se dejaba conducir como un autómatas; ya en su morada, dió tres o cuatro vueltas, tropezando en todos los muebles del aposento... Luchaba consigo mismo... Por fin venció la gracia a la naturaleza y unos momentos después se sentó en su sillón, hizo un supremo esfuerzo por recoger las potencias del alma y nos edificó a todos cuando le oímos decir: «¡Tú lo has querido, Dios mío! ¡Bendito seas! Después de todo, Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus.»

A mi Asilo de mendigos acuden no sólo Carlos, el hijo de la pobre portera del núm. 4, sino innumerables pobres, hombres y mujeres, niños y viejos.

¿No queréis ejercer la caridad con ellos? ¿No me enviaréis para ellos, al menos, una naranja?

EL CURA DE VALDECARROS.

El Salmantino

EXTRAORDINARIO

dedicado a los Ejercicios Espirituales para pobres transeuntes, verificados en Valdecarros (Salamanca), durante los días 8 al 12 de Marzo de 1916.

Las primeras Misiones de mendigos.—A Valdecarros.—Recibimiento.—Sermón de entrada.—La Salve.—La cena.

Con un frío glacial, en la tarde del día 8 de Marzo, acompañando a los reverendos padres misioneros, Maestro y Herrero, de la Compañía de Jesús, de la residencia de Salamanca, emprendimos el viaje a Valdecarros en un magnífico carruaje de la propiedad de doña María Teresa Zapatero, vecina de dicho pueblo, quien galantemente le había ofrecido a la Junta parroquial para conducir a los misioneros; en él habían ido a Alba, representando a la comisión, don Magencio Bautista, farmacéutico de la localidad y fervoroso católico, y don José Vicente Zapatero, propietario, de Valdecarros.

Grande era la expectación producida en toda la diócesis y, muy especialmente, en el arciprestazgo de Alba, con el anuncio de las misiones de mendigos que en Valdecarros habían de celebrarse. De utópicas e irrealizables fueron juzgadas por muchos, ante el cúmulo de dificultades que tan magna empresa lleva consigo aparejada, pero los que conocíamos al autor de la obra y al pueblo de Valdecarros, sabíamos de antemano que por muchas que fueran las dificultades que a porfía se amontonaran, no serían bastantes a dejar incumplidos sus afanes y desvelos, santos por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Y así era en efecto. Antes de llegar al pueblo nos vimos gratamente sorprendidos por una lucida cabalgata de apuestos y gallardos charros, quienes, en briosos corceles, rodearon el coche después de su presentación y nos escoltaron hasta que hubimos llegado a la plaza de la iglesia, en que el pueblo entero, los mendigos y las autoridades estaban esperando.

Los hurras y aclamaciones a la Religión, padres misioneros, párroco, pobres de Cristo y pueblo de Valdecarros, se repitieron sin cesar mientras fueron presentados los misioneros a las autoridades, dirigiéndose, acto seguido, en procesión los mendigos y el pueblo con sus dignas autoridades al templo, cantando los himnos propios de la Misión. Rezado el Santo Rosario, subió a la cátedra del Espíritu-Santo el padre Maestro, el cual, con frase feliz, unción evangélica y santo entusiasmo, nos explicó la nobleza del cristiano, que cifra su gloria en servir, reverenciar y alabar a su Dios, y como la caridad es ingeniosa, sin que para ella haya obstáculos ni barreras infranqueables.

«Valdecarros ha escrito hoy una página gloriosa en su historia: la ejemplar caridad de este pueblo ha congregado en su recinto a los pobres de Cristo, para darles el alimento corporal juntamente con el espiritual. El nombre de Valdecarros será bendecido no sólo en Salamanca, sino en toda España, por su generosidad e hidalguía recogiendo al menesteroso para evan-

gelizarlo. Sólo un pueblo como Valdecarros, de rancias y sólidas creencias, de reconocida piedad y de acrisolada caridad, ha merecido poder evangelizar a los pobres de Cristo.

Bien por Valdecarros, bien por sus católicas autoridades, pero entre todos merece honorífica mención su iniciador, el párroco de Valdecarros, quien, dentro de su cuerpo, ajetreado por antigua y pertinaz dolencia, tiene un alma grande, corazón gigante, que se desvive por regenerar al desgraciado.» Terminó felicitando a los mendigos porque de ellos era el primer puesto de esta Misión: «el puesto de honor es en Valdecarros para los mendigos, y a serviros hemos venido, atraídos dulcemente por el heroico ejemplo de los hidalgos hijos de este pueblo, cuantos nos hemos congregado aquí esta noche; representais a Jesucristo y acordaos cuando pedís una limosna por amor de Dios, no salgáis de vuestro pecho ni de vuestra lengua una palabra que contradiga lo que en vuestra petición manifestais: todo sean alabanzas para el que se hizo pobre por amor al hombre, para nuestro dulcísimo Redentor».

Terminado el sermón los mendigos, que ocupaban sus asientos junto al presbiterio, entonaron la Salve de los mendigos y fueron saliendo del templo para ir al comedor, instalado habilidosamente en un amplio salón de las casas Consistoriales.

En el magnífico salón destinado por las autoridades de Valdecarros para comedor de los mendigos, se habían colocado bancos y mesas para 120 pobres que se habían inscrito para asistir a la Misión, con arreglo a la edad y con la debida separación de sexos, los señores de la comisión les fueron colocando en sus puestos y dando a cada pobre un número con arreglo al asiento de la primera noche, para que en los días siguientes cada cual ocupara su lugar. Bendecida la mesa por el párroco y rezados tres *Padre-Nuestros* y *Ave-Marías* por los bienhechores, comenzó la cena, servida por jóvenes de la localidad, señores alcalde, juez municipal y concejales, maestros de primera enseñanza, médico, señor Boyero, y otras cuyos nombres sentimos no recordar, cúponos la suerte, en esa primera noche, de ayudar a los caritativos vecinos de Valdecarros en tan santa obra, retirándonos después de dar gracias y despedidos los pobres a las casas de Valdecarros que les daban albergue.

Labor honda.—Nieve y frío.—Los sermones. Los niños.—Las comuniones.—Los confesores.—Los mendigos.

Es menester, para llevar a feliz término una misión tan especial y delicada como la de evangelizar a los mendigos, un trabajo y un esfuerzo extraordinarios, y no todos los pueblos están capacitados para ello; se necesita mucha y bue-

na voluntad en los encargados de cumplir las líneas generales de un plan tan vasto como el que hay que ejecutar, para que la obra no adolezca de faltas y detalles, que inevitablemente, si no se evitan, la harían fracasar.

Afortunadamente, abundan en Valdecarros los hombres decididos y resueltos, que renuncian a sus comodidades para servir a los demás, y este ejército de voluntarios es el que ha contribuido, con su desinterés, a que la Misión de los pobres haya tenido un éxito franco.

Merecen ser citados en el número de éstos, entre otros muchos, los señores don Magencio Bautista, don Pedro Sánchez Pérez, don Mariano Corral, don Timoteo Nieto, don Domingo Flores, don Florencio G. Boyero, don Esteban Martín, don Elías Martín, don Manuel Carabias, don Ignacio Sánchez, don Cesáreo Martín, don Bibiano González, don José García, don Hipólito Portela, don Jesús Sancho, doña Juana Gutiérrez, don Enrique Benavides, don Román Carabias, don Gregorio González, don Aureliano García, don Fernando Zapatero, don Pedro Martín, don Tomás García, don Germán Sánchez, don Pío Rodríguez, don Juan Manuel Rodríguez, don Miguel Nieto, don Luis Corral, don Fermín Sánchez, don Juan y Antonio Bueno, las señoritas Agueda y Rosa Benavides y las señoras del Apostolado de la Oración y señoritas Teresianas. Todos ellos se multiplicaban para atender con solicitud a la cocina, comedor, rifas, distribución de lotes y reparto de ropas, listas, etc., etc., y tantas otras cosas como ocuparon su actividad incansable durante los días de la Misión.

El frío y la nieve contribuyeron también notablemente para que los habitantes de Valdecarros ejercitaran su caridad, llevando a los pobres a sus casas, ofreciéndoles el mejor lugar en el hogar para que se calentaran después de los ejercicios de la Misión; ni el frío, ni la nieve, ni el agua que cayó abundante en los días de la Misión, fueron bastante a entibiar los entusiasmos de los pobres y vecinos de Valdecarros, hallándose la iglesia parroquial completamente llena en todos los ejercicios.

Los sermones, a cargo del padre Maestro, fueron muy elogiados; trabajador incansable, no perdonó nada para que la Misión fuera ganando en intensidad cuanto más se acercaba a su fin; las verdades eternas, expuestas con notable claridad, y el sermón del perdón de los enemigos arrancaron muchas lágrimas en el auditorio.

No podía faltar la nota simpática que dieron los niños, instruidos convenientemente por el padre Herrero, quien se acreditó de excelente pedagogo, recorrieron todos los días el pueblo, cantando, en correcta formación, con sus banderas y entusiasmando a todos, los cánticos que en las escuelas les habían enseñado sus maestros, y los aprendieron en los días de la Misión.

Ellos fueron los primeros en acercarse a la Sagrada Mesa en número de doscientos.

Las comuniones no bajaron ningún día de trescientas, y el último día, en la comunión general, pasaron de novecientas.

Mañana y tarde se emplearon en oír las confesiones, además de los padres misioneros y arciprestes de Alba y Valdejimena, don Sebastián García Boyero, residente en Salamanca; don Melquiades Pérez Bueno, párroco de Pedrosillo; don Julián Barbero, de Larrodrigo; don José Ballesteros, de Anaya de Alba, y don Ramón de la Mano, de Pedraza.

Los mendigos, hay que reconocer que no faltaron a los ejercicios de la Misión, asistiendo con compostura y buen espíritu, reinando entre todos ellos la cordialidad de hermanos en todos los actos; lo mismo en el comedor que en la calle e iglesia, a todos ellos oímos palabras de gratitud para sus bienhechores, y muy especialmente para los vecinos de Valdecarros, haciendo elogios del desayuno, comida y cena, que, bien condimentados y en abundancia, les sirvieron las señoras de la comisión.

Era un consuelo contemplar a aquellos pobrecitos aprendiendo los cánticos, cantando la *Salve* y tomando parte activa en todos los actos de la Misión. Uno de ellos tuvo la feliz ocurrencia de declamar una *loa* a la Virgen Santísima, en el comedor, y otro de los mismos el último día declamó un discurso, en el mismo comedor, que había preparado para dar las gracias a los bienhechores, siendo uno y otro muy felicitados.

La docilidad, el buen humor y alegría eran los compañeros inseparables de los pobres, en todos los días que duró la Misión, no obstante el mal tiempo reinante; pero, como uno de ellos me decía: están muy habituados a poner a mal tiempo buena cara, aunque no sea todas las veces.

Los bienhechores. —Teatro.

Figuran entre los bienhechores de estas Misiones, después del excelentísimo Prelado de la Diócesis, los sacerdotes de la Unión Apostólica; ellos se habían ofrecido a evangelizar a los pobres, y contribuyeron casi todos con su óbolo, siendo incansables propagandistas de la Misión, y estuvieron representados enviando auxiliares a los Padres Misioneros, para que les ayudaran en las confesiones y catecismo. Contribuyeron también con sus limosnas numerosos sacerdotes, especialmente de Peñaranda y Alba de Tormes, recogiendo en ambas feligresías buena cantidad en metálico y sobre todo en ropas.

Las *Marías*, de Salamanca, ocupan también un puesto de honor entre los bienhechores de la Misión y en cuyo último día asistieron en número de seis (cuatro de Salamanca y dos de Alba) a comulgar en unión de los pobres mendigos.

Muchísimas personas piadosas de Salamanca y distintos pueblos de la Diócesis contribuyeron también enviando ropas, libros, rosarios, medallas y objetos útiles y piadosos para los pobres mendigos; entre ellas había bastantes que ocultaron su nombre y Dios Nuestro Señor e habrá escrito en el libro de la vida.

De propósito hemos dejado para los vecinos de Valdecarros el último lugar, siendo así que bien merecían el primero; ellos no sólo han organizado tan admirablemente esta Misión y cooperado con su trabajo personal, sino que se han desprendido de sus bienes y han mantenido espléndidamente a los pobres en los días de la Misión, proporcionando las subsistencias generosamente y dispuestos a contribuir con mayores cantidades si más hubieran necesitado.

Entre otros recursos, organizaron una bonita función teatral para solaz de los mendigos y recaudar algunos fondos, a diez céntimos entrada, repitiéndola con un lleno completo durante tres noches antes de la Misión y una después de la misma. No estábamos acostumbrados a presenciar en los pueblos una tan artística función teatral, dejando muy atrás las representaciones de muchas compañías que actúan en algunas villas y ciudades. Así lo afirmaban muchos espectadores experimentados.

Ultimo día de Misión. —Comuniones. —Misa mayor. —Función de despedida.

Amaneció lloviendo y así continuó hasta el medio día, siendo esta la causa de que no llegaran muchísimos forasteros que tenían verdaderos deseos de asistir a la comunión general de los mendigos. Gran decepción causó en el pueblo la noticia de que el excelentísimo Prelado, por su estado de salud, no llegaría a distribuir la sagrada Comunión, conforme eran sus deseos, a los pobres mendicantes, pues en el pueblo era inusitado el movimiento para recibir al señor Obispo.

Desde las seis de la mañana comenzaron las misas, distribuyéndose en todas ellas la sagrada Comunión hasta el número de 900. Distribuyó la sagrada Comunión a los mendigos, en la misa de las ocho, el iniciador y promovedor de la Misión, Párroco de Valdecarros, don Luis González Huertos, cantando escogidos motetes el coro de cantores de la Parroquia, reforzado con las voces argentinas de los niños y Teresianas, siendo un acto conmovedor al que se unieron las *Marías*, que acababan de llegar con ese objeto.

Después de haber dado gracias, los pobres pasaron al comedor, donde les fué servido un suculento desayuno. A las diez en punto comenzó la Misa solemne, con exposición de Su Divina Majestad, que celebró el señor Arcipreste de Alba, asistido de los señores don Sebastián G. Boyero y don Pedro C. Blázquez; en ella predicó elocuentísimo sermón el Padre Herrero, sobre las fuerzas del amor del Sagrado Corazón de Jesús manifestadas en su vida mortal y especialmente en la noche última de su vida mortal en este mundo.

Terminada la misa quedó expuesto el Señor hasta la función de la tarde, velando durante el día varios coros de señoras del Apostolado de la Oración e Hijas de María, Padres Misioneros y mendigos.

A las tres se celebró la función vespertina en la que rezada la Estación al Santísimo Sacramento y Santo Rosario, subió de nuevo al púlpito el Padre Herrero para continuar el sermón de la mañana, ya que el amor a los hombres del

Sagrado Corazón de Jesús es una mina inagotable, rayando en su nuevo discurso a más altura, si cabe, que en la mañana.

A continuación el Padre Maestro se despidió, con frases encomiásticas para todos, del pueblo de Valdecarros y mendigos, de los que guardará toda su vida imperecedero recuerdo por las muchas atenciones que había recibido, los hermosos ejemplos de caridad de que había sido testigo en su breve estancia en este pueblo y la docilidad con que habían escuchado a los Misioneros y la mucha puntualidad demostrada en todos los actos de la Misión, y terminó dándonos la bendición Papal con el Santo Crucifijo.

Aún vibraba bajo las bóvedas del templo el eco de las últimas palabras del Padre Misionero, cuando el Párroco de este pueblo subió a la sagrada cátedra para espigar, como mendigo en el campo segado en estos días por la bien afilada hoz de los Misioneros, y a fe que con las espigas recogidas tejió un manojo de agradecimiento que fué desgranando para darnos a todos un granito de la inmensa gratitud que albergaba su corazón, para el pueblo de Valdecarros, por la eficaz cooperación que le había prestado para realizar el sueño de largo tiempo acariciado en su vida parroquial, en la que había conocido la necesidad urgente de evangelizar a los pobres de Cristo. Repartiendo las espigas del haz, formado con su diligencia, a todos nos fué regalando la gratitud que encerraba su corazón, que si le pensaran en aquellos momentos no destilaría más que agradecimiento para todos los bienhechores, ausentes y presentes, ricos y pobres, grandes y pequeños, niños y viejos.

Terminada tan tierna peroración, hecha la reserva y dada la bendición con el Santísimo, salió del templo la procesión final de los mendigos, con la imagen de la Santísima Virgen, cantando la *Salve* dedicada a los pobres de la Misión por su autor, el Párroco de Valdecarros, con lo que se dió por terminada la misión.

¡Qué bien se está en Valdecarros!—había dicho el predicador en la despedida.—¡Qué hermosa ha sido esta Misión!—se oía decir a los numerosos forasteros que, a pesar de lo desapacible del tiempo, se habían congregado en este pueblo, de Salamanca, Peñaranda, Macotera, Alba de Tormes, Terradillos, Gajates, Turra, Larrodrigo, Pedraza, Anaya, Pedrosillo, Navales y otros pueblos. ¡Qué bien se está entre los pobres!—nos decía un acaudalado propietario—; yo, que he tenido trato con duques y marqueses, puedo asegurarle que me encuentro mucho mejor entre los pobres. Nos daba la razón: los pobres no suelen ser exigentes, se les trata con sencillez, sin ceremonias, agradecen lo que se hace en su obsequio, y mire usted, a los ricos aunque les haga usted ciento, con una que les falte, se acabó la misión, se molestan en seguida, sin tener en cuenta los favores que antes le haya usted prestado; verdaderamente que la observación del charro tiene su filosofía. ¿Por qué será esa diferencia, si todos somos hermanos? ¿Por qué a los pobres no se han de guardar las consideraciones que a los ricos, entre cristianos? ¿Acaso no representa a Cristo? Aprendamos el ejemplo de Valdecarros.

La ternera.

Llegada la hora de la comida, les fué servido un banquete de despedida: paella y ternera, en tanta abundancia que no pudieron concluir; dulces, naranjas, aceitunas, cigarros puros y vino exquisito. La ternera, que no contaba más de siete semanas, pesó, en canal, cinco arrobas, por lo que fué un plato exquisito y abundante. Apurados se encontraron los señores para servir la comida a tanto pobre, por hallarse el amplio comedor atestado de forasteros que querían presenciar la última reunión de mendigos.

Allí acudieron los padres misioneros, sacerdotes comarcanos, *Marías* y muchísimos forasteros, que fueron testigos de la alegría y expansión que en aquellos momentos reinaba entre los pobres que aquella mañana habían alimentado sus almas con el divino manjar de la Sagrada Eucaristía.

Las subsistencias.

A 700 pesetas ha subido el coste de la manutención de los 120 mendigos, desde el miércoles de Ceniza, que comenzó la santa Misión, hasta el primer domingo de Cuaresma, que terminó. Lo mismo el arroz que el bacalao, el embutido y el garbanzo, que la alubia y lenteja, han sido de primera calidad.

La cocina, a cargo de tres hábiles cocineras, resultó también de primera.

Las ropas.—Su distribución.

Desde el templo se dirigieron los mendigos a la casa rectoral, en donde se encontraban las ropas donadas por los bienhechores para los pobres, todas ellas en buen uso y algunas nuevas, en número de más de quinientas prendas, pendientes de improvisadas perchas que adornaban el portal de la casa.

La comisión había hecho lotes numerados, y cada pobre, por su mano, iba sacando de la urna un número, con el que se presentaba al encargado de la distribución, e inmediatamente les fué entregado el lote, correspondiendo cuatro prendas a cada uno, un rosario, un libro, una medalla y algunas otras cosillas.

Habiase valuado el lote de los hombres en 20 pesetas, el de mujeres en 10 y el de niños en 3, y con esa última operación se fueron retirando los pobres a sus pueblos, a excepción de algunos, que se quedaron para asistir a la función teatral, en la que representaron *El puñal del godo*, *La flor del espino* y *Hambre atrasada*, luciendo todos cuantos en ella tomaron parte y siendo por ello muy aplaudidos.

Tal es, a grandes rasgos, lo que, por varios días, hemos presenciado en Valdecarros, en esta primera Misión de pobres mendicantes; no son los pobres lo que muchos se han imaginado: una gente ingobernable; allí los hemos visto dóciles, sumisos, religiosos y agradecidos. ¡Cuánto bien se puede hacer en sus almas, si estas misiones se extienden por todas partes!

Réstanos felicitar al párroco y pueblo de Valdecarros, que, santamente unidos, han ofrecido tan hermoso ejemplo al mundo entero.

MATÍAS MONZON

Párroco-Arcipreste de Alba de Tormes.

Valdecarros, 25 de Marzo de 1916.

A la crónica anterior, escrita por el fervoroso párroco de Alba de Tormes, que ha tomado parte muy activa en los trabajos, poco he de añadir de mi propia cosecha. Ya me han dejado solo, y al despedirse los mendigos queridísimos hasta el viernes próximo y al apartarse los infatigables hijos de San Ignacio y los numerosísimos forasteros que estos días me han visitado, me parece que vivo en un mundo distinto, la iglesia y la rectoral me parecen más grandes; el portalón, atestado antes de prendas de vestir, sólo conserva, como trofeo de la caridad ejercitada, los listones plagados de puntas de París. De ellas han estado colgando quinientas cinco prendas de ropa; pero pasó por aquí el ángel de la bondad y las llevó al cielo, para escribir en el libro de la vida el nombre de los donantes. Los mendigos, fervorosísimos y muy agradecidos. ¡Qué buenos son y qué consuelos me han proporcionado! Los misioneros, celosísimos e incansables. El clero, en su puesto de honor; las autoridades, excediéndose a sí mismas en previsión y celo; los señores maestros, trabajando incansables y contribuyendo con todas sus fuerzas al éxito de la Misión. La junta central y auxiliares han pasado dos meses de tarea abrumadora, y en los días de ejercicios no se han dado punto de reposo; las señoras del Apostolado de la Oración, del Carmen, Teresianas, Josefinas, cofradía de la Cruz y Jueves eucarísticos, etc., adornando el altar y poniendo su actividad, en sus distintos órdenes, a disposición de la junta central; el popular barbero Macario, con pulso firme hasta el final de la jornada, cortando el pelo y afeitando a los pobres de Cristo; las cocineras y el simpático Flores, jefe mayor de cocina, sudando la gota gorda; los feligreses todos, las *Marías* de Salamanca y Alba, disputándose el honor de servir la comida a los mendigos, siguiendo el ejemplo de Cristo Redentor.

No ha habido más nota discordante que el párroco, que en esta ocasión ha sido el capitán Araña, pero suplía mi ineptitud, mi confianza en la Divina Providencia, que no ha quedado defraudada. Sin duda dijo el Señor: «Ya que el cura no sirva para nada, le rodearé de activos cooperadores que sirvan para todo.» Nada más justo. En esta obra de evangelización de mendigos, quiere el Señor, como en otras parecidas, que toda la gloria sea suya, «*Gloriam meam alteri non dabo*», y por eso he sido yo el débil instrumento para su ejecución. Tengo por cierto que si en la diócesis hubiera habido algún sacerdote más inútil, más indigno y menos fervoroso que yo, ese hubiera sido el elegido. El éxito ha sido gloriosísimo, los consuelos que produce hacer bien a los mendigos, no puede suponerlos quien no los guste; vaya, pues, en estas líneas mi más vivo agradecimiento para el excelentísimo Prelado, misioneros, clero, autoridades de Valdecarros, títulos, maestros en particular, *Marías*, feligreses, forasteros y el sin número de bienhechores que me han ayudado tan poderosamente a reunir en una todas las obras de misericordia, y en particular, lo que llama San Dionisio divinísima, esto es: la que procura la salvación de las almas.

Beatus qui intelligit super egenun et paupe-

rem. «Bienaventurado el que socorre al necesitado y pobre.» (Salmo 40, v. 1.º)

LUIS G. HUERTOS.

Curiosidades.

Se han repartido a los pobres quinientas cinco prendas de ropa, valoradas por los sastres y Junta encargada de este servicio, en la siguiente forma: 50 lotes para hombres, a 20 pesetas cada uno, 1.000 pesetas; 50 lotes para mujeres, a 10 pesetas cada uno, quinientas pesetas; 50 lotes para niños y niñas, a tres pesetas cada uno, 150 pesetas; muchísimas prendas eran nuevas, y, las restantes, en perfecto estado de utilidad inmediata.

Donativos que han recibido los mendigos ejercitantes.

En ropas	1.565 pesetas.
Tocino.....	dos arrobas.
Vino.....	ocho cántaros.
Pan	380 kilos.
Garbanzos.....	una fanega.
Alubias.....	media fanega.
Lentejas.....	cuatro celemines.
Huevos para la tortilla del viernes.....	150
Arroz.....	30 libras.
Bacalao.....	media arroba.
Carnero y cordero.....	dos arrobas.
Ternera.....	cinco arrobas.
Aceitunas	una arroba.
Naranjas	1.000
Patatas de cordero, callos y menudos	media arroba.
Aceite	un cántaro.
Chorizo	nueve libras.
Sal.....	una arroba.
Pimiento.....	cinco libras.
Ajos, laurel, cominos, etc..	una peseta.
Rosarios.....	250
Medallas	500
Libros	200
Escapularios	75
Hojas propaganda	1.000
Caramelos, pastas.....	ocho libras.
Tabaco	20 paquetes de 0,50
Bizcochos, regalo de un confitero de la localidad.	
Puros	50
Botones, agujas, alfileres, cañas, carretes, etc., sólo Dios lo sabe.	

La Junta acaba de examinar las cuentas, comprobando los justificantes, y ha pagado religiosamente a todo el mundo; no quiero molestar a los lectores ya, porque *El Salmantino* ha ido publicando los donativos (menos algunos que no han querido, de ningún modo, figurar en las listas), porque resultaría muy pesado, ya, finalmente, porque las cuentas, con sus respectivos comprobantes, están a disposición de cuantos quieran consultarlas, por término de un mes, en la casa rectoral.

RESUMEN

	Pesetas.	Cts.
La Junta ha repartido en ropas, alimentos y dinero en metálico.....	2.095,	25
Gastado en hojas de propaganda,		
Suma y sigue.....	2.095,	25

	Pesetas.	Cts.
Suma anterior..	2.095,25	
papel, correspondencia, fotografías, publicación de número extraordinario, manutención de Padres Misioneros, Clero, forasteros, dulces, licores, instalación de luz eléctrica en el templo, propinas, convites, gratificaciones y algunos jornales, etc., etc.....	437,75	
TOTAL.....	2.533,00	
Ha recibido en ropas, donativos en especie, dinero, rifas de Salamanca y Valdecarros.....	2.254,25	
Saldo en contra del Párroco.....	278,75	

Falta el donativo del señor Marqués de Llen, que ha ofrecido a la Junta enviar una limosna.

A. M. D. G.

Valdecarros y Marzo 15 de 1916.

LUIS GONZALEZ HUERTOS

A mis hermanos de La Unión Apostólica y sacerdotes de la Diócesis.

De intento os he dejado para el último lugar, no por falta de consideración, sino por exceso de amor. Os doy gracias por la cooperación eficaz que en todos los órdenes me habéis prestado y os recomiendo hagais vuestra obra de evangelizar a los mendigos de toda la Diócesis.

En mi proyecto hallaréis mil defectos, que no podrán sorprenderos porque me conocéis todos vosotros y sabéis mejor que yo que vareando un roble no pueden saltar sino bellotas. Pues bien: enderezar lo torcido, enmendar lo errado, corregir lo defectuoso, pero santificar a los pobres de Cristo. La Unión Apostólica en la ciudad se ha distinguido por sus obras de celo y ésta no debe ser una excepción. Tal vez baste a un se-

glar mandar a los mendigos un mendrugo de pan por mano de la criada, cuando llaman a su puerta; los sacerdotes estamos obligados a más: somos pobres en bienes terrenos, pero somos ricos en dones celestiales que son los que más precisan los pobres y los hombres todos.

El Divino Maestro ha dicho: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien puesto que lo soy; pues si yo, vuestro Maestro y vuestro Señor, os he lavado los piés, razón será que os ejercitéis en actos de caridad y humildad los unos con los otros; os he dado ejemplo para que, conforme yo lo he practicado, lo practiquéis vosotros.» En esta santa empresa he encontrado muchísimos consuelos y satisfacciones inenarrables.

Cierto que he liquidado con un pequeño déficit que ni nombrarse merecía; la Junta había señalado plazo de admisión y limitado en principio el necesario en esa medida para el debido orden y organización del proyecto, formación del presupuesto, etc.; bien pronto les dí a conocer mi deseo de que fueran también socorridos los obreros de última hora, los mendigos que llegaran fuera del plazo.

Aceptaron por unanimidad mi proposición con la generosidad de que en el decurso de la obra habían dado tantas pruebas, y he ahí la razón de verse obligada la junta a liquidar con déficit.

Falta el último punto y tal vez el más importante de todos. Por grande que haya sido el fruto obtenido, no quiero, ni puedo darme por satisfecho; hay que procurar la perseverancia; yo he hecho ejercicios muchas veces y siempre tengo necesidad de ellos. Ahora, no; pero en pasando la primavera, verano y otoño, veré de habilitar un local para ellos, los mendigos; pues la prudencia, por más de una razón, tal vez aconseje que eso no se haga en las casas rectorales. En ese local reuniré a los pobres que pernocten en el pueblo, los miércoles y sábados, días en que piden en Valdecarros; dos catequistas, por turno, les explicarán la doctrina y yo

rezaré con ellos el rosario, confesaré a los que quieran hacerlo, les daré, si no puedo otra cosa, una sopa caliente y albergue para pasar la noche, y antes que emprendan de nuevo su fatigosa caminata por esos mundos de Dios, los fortaleceré con la sagrada comunión.

Repito que ahora no puedo, pues llega la primavera y ya en esa época vienen pocos mendigos. Esto es sencillísimo y puede hacerse en todas partes; en el orden material, con las limosnas que damos a la puerta y la ayuda de algunas almas buenas, basta y sobra.

Tal vez en los juicios de Dios entre el que yo no pueda realizarlo, pues mi salud es más quebrada cada día; pero si lo hacéis vosotros, mucho mejor. El día que cuente la diócesis con veinte lugares de refugio para los mendigos, a donde puedan dirigirse como a su propia casa y en donde puedan esperar segura protección y pan y catecismo, habremos regenerado la parte más necesitada de la sociedad y habremos cooperado, según la medida de nuestras fuerzas, a la salvación de las almas de los hijos predilectos de Cristo Redentor.

LUIS GONZALEZ HUERTOS.

La prensa.

La obra debe inmensa gratitud a la prensa católica. El SALMANTINO, órgano oficial, se nos ofreció desde el primer momento, y bien han podido apreciar los lectores la activa propaganda que ha hecho y cuán desinteresada y poderosamente ha contribuido al éxito.

En igual forma hay que registrar aquí los artículos de la Semana Católica, de Salamanca, Hojas Dominicales, de Salamanca y Alba de Tormes, La Montaña, de Cáceres, y gran parte de la prensa de Madrid, Bilbao, etc. De distintas Diócesis me han pedido datos acerca de la obra para implantarla allí también. Quiera el Sacratísimo Corazón de Jesús ayudar a todos con su gracia, para que en todas partes sea el fruto abundante y duradero.